



Las adicciones del ensayista

Rafael Toriz

A Fernando Báez

COMO TODO ARTISTA QUE SE RESPETE, el escritor de ensayos —*basso ostinato* de los géneros literarios y aun de la vida misma— es un adicto consumado o al menos, de acuerdo con la experiencia empírica, uno en potencia. El fundamento de su vocación descansa en una razón tan evidente como sencilla: todas las pasiones mentales, si lo son de veras, emanan directamente de la experiencia, del fárrago potente y seductor que emerge de la extravagante circunstancia de estar vivo, con hambre de totalidad. Entregarse al conocimiento del mundo no admite otra tónica que no sea la desmesura, el exceso y la consumición: fuego devorador para iluminar el vuelo y la caída que componen la existencia.

Dicha pasión, por lo demás, no se reduce a un aventarse de bruces en pos de una totalidad pantagruélica y mortal, sino a un ejercicio sostenido de sensibilidad y de crítica que se resuelve en el encantamiento del mundo a través de la comunión de los opuestos: sólo de esa manera es posible entender que entre sus lectores estuvieran, entre muchísimos otros, Jorge Luis Borges y Jim Morrison, Albert Hofmann e Igor Stravinsky.

Estoy hablando de Aldous Huxley.

Gurú de una sensibilidad que ahora nos parece fechada —por razones de moda y circunstancias que nada tienen que ver con la hondura



de su obra—, su caso es el de un escritor que, si bien ha sido asimilado como una suerte de profeta o un *rockstar* sesentero, sostiene su leyenda y su prestigio en una cualidad poco valorada en el presente pero que le confiere la estatura mítica que lo circunda: se trata de un humanista confeso, un narrador de talento y un ensayista impresionante.

Huxley fue un temperamento que no sólo se animó a pensar por cuenta propia sino que, como todo un ensayista de cepa,¹ supo que la más valiosa pedagogía literaria consiste en vivir la vida como un género literario, en su caso el ensayo, esa manera fantástica de expresar a cabalidad los frutos que nos deparan la percepción y

los sentidos, portales para adentrarse en confines de la mente humana y su mística maravillosa: un surtidor de significaciones y sentidos tan vasto como el universo.

“El ensayo, como la novela, es un recurso literario para decir casi todo acerca de casi todo [...] Pertenece a una especie cuya gran variabilidad puede ser estudiada con más provecho dentro de un marco de referencia de tres polos. El polo de lo personal y autobiográfico; el polo de lo concreto particular, y el polo de lo universal abstracto”, sostiene Huxley en una sistematización sencilla que explicita no sólo la dinámica del género sino también sus señas particulares. Para Huxley el ensayo, si bien puede revestir cualquiera de estas formas y sus múltiples combinaciones (como hizo y deshizo a su antojo Montaigne), es la asociación libre de elementos controlada artísticamente.

En la exquisita antología preparada por Edhasa, extractada de los seis tomos de sus *Complete Essays*, es posible asomarse no sólo a la compleja mente de un hombre de curiosidad ecuménica sino también a uno de los instantes más dichosos de los cultores del género: un tomo contundente que, al margen del placer literario que provoca, es también una enciclopedia pensada para ociosos profesionales.

¹ Aldous Huxley, perteneciente a una familia de sólida tradición intelectual (su abuelo paterno era Thomas Huxley, “el bulldog de Darwin”, y por parte de su madre era pariente de Matthew Arnold), cultivaba el talante poco común de hombre de letras interesado por las ciencias, una figura que ha ahijado a algunas de las personalidades más fascinantes de la cultura. En el caso mexicano, destaca el caso de Jorge Cuesta, químico y poeta célebre por su inteligencia arrolladora a quien Huxley conoció durante su primer viaje a México y con quien trabó una relación cordial en vivo y por correspondencia. Cuenta la leyenda, como detalle encantador, que al llegar a México Huxley, en calidad de gran figura, fue recibido por la comitiva del Pen Club mexicano, presidido por Julio Torri, a quienes dejó con una batea de babas puesto que él estaba interesado en conocer al autor de un artículo científico que traía en su portafolios: firmaba Jorge Cuesta.

El libro está dividido en cuatro secciones de distinta extensión que hablan con naturalidad y fundamento de las adicciones de un caballero: las drogas y los libros, el arte y el ensayo (se echan en falta algunas divagaciones en torno a los misterios del bello sexo).

Los textos, de una vigencia absoluta, exploran su relación con los *best-sellers*, Proust, Balzac, la bibliofilia, los demasiados libros, la poesía de Edward Lear, el genio cómico, la música, Bach, Händel, la ópera (y su infinito tedio), la crítica, la forma, el gobierno y un vasto etcétera en el que resulta imposible detenerse porque, como dije, el libro es un arcón de prodigios.

Algunos de sus ensayos son implacables y temerarios. Nunca he leído una crítica tan acre contra Baudelaire y tampoco ninguna más precisa. Con la naturalidad con la que la lluvia moja la tierra, Huxley señala al poeta luciferino como el último de los popes de la iglesia católica, un inveterado y confundido poeta enfermo de sí mismo que no hizo otra cosa sino reforzar con su vida y su poesía los valores que deseaba subvertir. En este caso, más que injusto, es fulminante.

Otros ensayos son absolutamente conmovedores, hermosos por la inocencia que destilan, por la buena fe con que se religan al fenómeno literario. El texto que da título al libro, de 1947, es un amoroso ejercicio de crítica literaria en el supuesto caso de que su biblioteca desapareciera; “ingresar en la coraza de una habitación apreciada y encontrarla vacía, excepto por una gruesa capa de ceniza que una vez fue la literatura de uno: el solo pensarlo es tétrico. Pero felizmente los libros son reemplazables, al menos la clase de libros que llenan los anaqueles de mi biblioteca”. Entonces, con la alegría y la voracidad de un niño, empieza a justificar las razones por la que escogería ciertos poetas, narradores y ensayistas, con un tino y unos argumentos ante los que no se puede sino coincidir (su gusto literario es impecable). El hecho es curioso, profético y sin lugar a dudas cruel, porque



catorce años más tarde su biblioteca efectivamente sería arrasada por el fuego.

Otro de los rasgos que denota su prosa, vertida al español en una traducción sobria y profesional, es la profunda honestidad del autor, cuyo temple heterodoxo juzga con imparcialidad y distancia, la mejor posible y la única verdadera: aquella de quien conoce los abismos en que bucea.

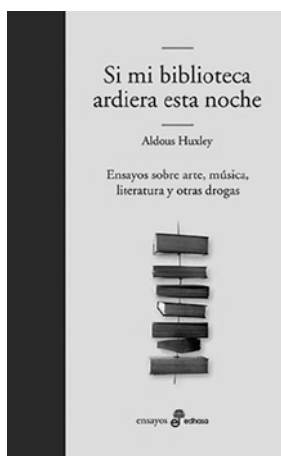
Al respecto de las drogas es muy explícito: “El problema de la adicción a las drogas y del excesivo beber no es solamente una cuestión de química y psicopatología, de alivio del dolor y de plegarse a las malas compañías. Se trata también de un problema de metafísica, un problema, casi podríamos decir, de teología [...] La causa de la ebriedad y de la adicción a las drogas se encuentra en la insatisfacción general de la realidad”, y sin embargo no es condescendiente ni maniqueo, puesto que si prohibir las drogas tiende a causar más males de los que inhibe, “aún más insatisfactoria ha resultado la política de tolerancia total y disponibilidad irrestricta”. Advierte, pese a que aboga por drogas de bajo costo fisiológico (“hay transformadores de la mente potentes que hacen su trabajo sin dañar el organismo psicofísico de quien los consume y sin incitarlo a comportarse como un lunático o un animal”), que una droga capaz de alegrar a la gente

cuando en condiciones normales se sentiría triste sería “una bendición cargada de graves riesgos políticos. Al colocar una euforia química a libre disposición, un dictador podría reconciliar una población entera a un estado de situación que seres humanos que se respeten nunca aceptarían [...] Los dictadores del mañana quitarán la libertad a los hombres, pero les darán a cambio una felicidad de todos modos real, como experiencia subjetiva, ya que estará químicamente inducida”.

Su probidad es evidente, tanto como su curiosidad. Sus reflexiones, nutridas por una experimentación de primera mano, hacen converger dos vocaciones fantásticas, aparentemente antitéticas pero decididamente complementarias: Huxley es la ocasión del pacto entre el escritor y el antropólogo, ese hábito renacentista que, sin vanagloria, se precia de saber y probar de todo un poco.

Un último detalle lo vuelve, por si fuera posible todavía, más entrañable a mis ojos. Enfermo de un cáncer de lengua que habría de acabar con su vida, solicitó, en sus últimos momentos, una dosis de LSD, con intenciones que sólo él debe haber tenido claras, luego de una vida dedicada al criterio y al examen.

Alguien que se dispone de tal manera a la muerte no puede sino asistir, de la mejor manera posible, al encuentro del infinito. ■■



Aldous Huxley
Si mi biblioteca ardiera esta noche
 Trad. de Matías Serra Bradford
 Buenos Aires, Edhasa, 2011, 445 pp.